Domingo XXVII Ordinario del ciclo A.

Seamos operarios en la viña del Señor.

Estimados hermanos y amigos:

¿Hemos reflexionado en alguna ocasión sobre el hecho por el que decimos que la Iglesia a que pertenecemos los católicos es conocida como la viña del Señor?

Existen expresiones que asumimos como parte de una rutina cuyo significado nunca descubrimos, las cuales forman parte de nuestro vocabulario, porque son asumidas en nuestro entorno. Es esta la razón que me ha inducido a recordar el hecho por el que la Iglesia es la viña del Señor.

La viña del Señor, no es una viña cualquiera, sino una sociedad en que, al mismo tiempo que sus miembros son perfeccionados en todos los niveles posibles, se espera de ellos que produzcan una cantidad de frutos equivalentes a la instrucción que han recibido. Obviamente, no todos los cristianos podemos adquirir la misma cantidad de conocimientos, pero el crecimiento espiritual no es comparable a una carrera universitaria que exige la misma cantidad de conocimientos para todos los que desean ejercerla para que su actividad tenga cierta calidad, pues Dios tiene paciencia para instruirnos al ritmo que marcan nuestras circunstancias vitales.

Antes de que los Apóstoles de nuestro Señor fundaran la Iglesia, la viña del Señor era el pueblo de Israel. Al conocer el significado que tiene el hecho de pertenecer a la viña del Señor para nosotros, podemos interpretar la primera lectura correspondiente a la Eucaristía que estamos celebrando.

En el texto que vamos a meditar a continuación, el Profeta Isaías nos habla de Dios, -a quien tiene por su amigo-, de la viña de Yahveh, y de cómo, a pesar de ser convenientemente cuidada, la viña produjo uvas que no podían madurar.

"Voy a cantar a mi amigo
la canción de su amor por su viña.
Una viña tenía mi amigo
en un fértil otero.
La cavó y despedregó,
y la plantó de cepa exquisita.
Edificó una torre en medio de ella,
y además excavó en ella un lagar.
Y esperó que diese uvas,
pero dio agraces.
Ahora, pues, habitantes de Jerusalén
y hombres de Judá,
venid a juzgar entre mi viña y yo:
¿Qué más se puede hacer ya a mi viña,
que no se lo haya hecho yo?
Yo esperaba que diese uvas.

¿Por qué ha dado agraces?
Ahora, pues, voy a haceros saber,
lo que hago yo a mi viña:
quitar su seto, y será quemada;
desportillar su cerca, y será pisoteada.
Haré de ella un erial que ni se pode ni se escarde.
Crecerá la zarza y el espino,
y a las nubes prohibiré
llover sobre ella.
Pues bien, viña de Yahveh Sebaot
es la Casa de Israel,
y los hombres de Judá
son su plantío exquisito.
Esperaba de ellos justicia, y hay iniquidad;
honradez, y hay alaridos" (IS. 5, 1-7).

Al leer el Antiguo Testamento, nos percatamos de que Dios amó al pueblo de Israel, y lo cuidó como un padre cuida a su hijo, haciéndole muchos regalos, demostrándole su amor constantemente, y disciplinándolo cuando se dejaba seducir por el pecado.

El poema de Isaías que estamos meditando, nos hace conocer el corazón de Dios herido por la maldad de su pueblo, pero ello no sucede porque Dios ni su Profeta se preguntaban cuál era la causa por la que a Yahveh le habían salido las cosas mal, sino para demostrarnos, -tanto a Israel como a los cristianos-, que Dios nunca comete fallos, pues, su propio pueblo, tomó la decisión de desobedecerlo.

Dado que Israel se apartó de Dios, el Todopoderoso no quiso que el Judaísmo fuese su religión definitiva, pero ello no sucedió por su odio para con Israel, sino para que, al ver cómo los paganos se cristianizaban y se salvaban, los israelitas también quisieran abrazar la fe que profesamos. Es esta la razón por la que San Pablo escribió en su Carta a los cristianos de Roma:

"Pero insisto: ¿Será, tal vez, que Israel no ha entendido el mensaje (el Evangelio)? Oigamos en primer lugar lo que dice Moisés: Os provocaré a celos (a los judíos) con un pueblo que no es mío (los extranjeros a quienes los hermanos de raza de Jesús despreciaban, que conocieron a Dios después de que lo hicieran los judíos), haré que os irritéis al ver que concedo mi favor a una nación que no es sabia (porque desconoce la sabiduría del Antiguo Testamento). Pero Isaías se atreve a más todavía: Los que no me buscaban me encontraron; me manifesté a los que no preguntaban por mí. En cambio, de Israel dice: Todo el día he tenido mis manos tendidas a un pueblo indócil y rebelde" (ROM. 10, 19-21).

Al recordar la parábola evangélica que meditamos el Domingo XXV Ordinario (MT. 20, 1-16), podemos constatar cómo Jesús hizo que los creyentes reflexionaran sobre el cumplimiento del texto de Moisés citado por San Pablo en el extracto que hemos meditado de su Carta a los Romanos, pues, al leer los Hechos de los Apóstoles, podemos constatar, cómo los cristianos procedentes del Judaísmo,

despreciaban a los extranjeros, y, apenas empezaban a aceptar a los paganos como hermanos en la fe, querían imponerles sus normas religiosas, no para hacer de ellos buenos cristianos, sino para que vieran a los judíos como una raza superior, que había tenido el privilegio de ser conocida y amada por Yahveh, antes que ellos.

El texto de MT. 20, 1-16, es una constatación de que los judíos no debían imponerles sus normas religiosas a los cristianos paganos, porque, independientemente de la raza a que pertenezcan, Yahveh ama a todos sus hijos por igual.

En el texto evangélico que meditamos el Domingo XXVI Ordinario (MT. 21, 28-32), podemos constatar cómo los líderes religiosos de Israel incumplieron la misión que les fue encomendada por Dios de ser ejemplos de fe viva, tanto para los considerados pecadores como para los paganos, los cuales son considerados mejores hijos del Altísimo que ellos, porque, aunque pierden parte de su vida por causa de las razones que les impiden cristianizarse, acaban por abrazar el Evangelio, y, por tanto, son alcanzados por la salvación divina.

El Evangelio que meditamos hoy (MT. 21, 33-43), nos recuerda cómo las autoridades religiosas de Israel, a lo largo de su historia, hicieron todo lo humanamente posible, por adaptar el designio de Dios a su conveniencia, desobedeciendo los preceptos de Yahveh, y dejando, por tanto, de ser considerados buenos hijos de su Creador.

Por último, en la parábola de las bodas del Cordero (MT. 22, 1-14) que meditaremos el Domingo XXVIII Ordinario, vemos cómo el Judaísmo es sustituido por el Cristianismo, pues, dada nuestra imperfección, no podemos salvarnos por el efecto de nuestras obras, sino por la fe que depositamos en el Dios Uno y Trino.

Es satisfactorio el hecho de pertenecer a la viña del Señor, pero, ¿estamos produciendo frutos que están a la altura del providencial cuidado que Dios tiene de nosotros?

¿Imitamos el mal proceder de los judíos del tiempo de Jesús para con los paganos, rechazando a nuestros hermanos de fe que no se amoldan totalmente a nuestros criterios personales, a los cristianos no católicos, y a quienes carecen de fe en Dios?

Concluyamos esta meditación bíblica, haciendo el propósito de aplicarnos las siguientes palabras de San Pablo:

"Llenadme de alegría teniendo el mismo pensar, alimentando el mismo amor, compartiendo los mismos sentimientos, buscando la común armonía... Portaos, en fin, como lo hizo Jesucristo... Finalmente, hermanos, tomad en consideración todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de limpio, de amable, de laudable; todo cuanto suponga virtud y sea digno de elogio" (FLP. 2, 2. 5. 4, 8).